

CONFERENCIA XXIV

ORDEN ECONÓMICO DE LA SOCIEDAD

1. **Lucha del Socialismo contra el capital.**—Somos los últimos en desconocer los peligros del socialismo. No obstante, casi nos tranquilizamos al ver que los mismos socialistas ofrecen tantas pruebas de que son los verdaderos hijos de nuestro siglo, es decir, los esclavos de la frase. Helos aquí á todos, contemplando un porvenir incierto, hablando, censurando, murmurando. ¿Será este el medio nuevamente inventado para hacer descender el paraíso á la tierra? Ó bien, ¿hay un obstáculo que les impide poner manos á la obra para realizarlo? Todas las grandes cosas, todas las destinadas á adquirir solidez y estabilidad, tienen humilde origen, y crecen lentamente. Así, pues, los socialistas pueden poner á toda hora la piedra fundamental del Estado futuro. Si los Estados modernos comprendiesen sus ventajas, les señalarían un territorio especial, y les adelantarían sumas considerables, para ayudarlos en su experiencia. Así podrían mostrar al mundo su superioridad y la dicha que conseguiría, si adoptaba su organización social. Sin duda que las conversiones se harían en masa, y que la ejecución de sus planes no tardaría en ofrecer, sin violentos trastornos, los resultados que constantemente prometen y que con alma y vida anhelan.

Pues bien, precisamente contra esto es contra lo que Liebknecht y los más prudentes jefes del partido ponen en guardia á sus adeptos, con la misma solicitud con que la clueca trata de impedir que se mojen sus polluelos. Se comprende porqué rechazan estos ensayos. Para nos-

otros, que por deber estudiamos su literatura, tiene esto consecuencias desagradables; porque mientras el socialismo se ocupe exclusivamente en escribir y hablar, esparcirá en torno suyo flores retóricas, como el lacayo entre sus conocidos nobles, probablemente para dar pruebas de que está á la altura de la formación de la época, y para que todo aquel que pase los umbrales de su casa, quede autorizado para usar el título de doctor en todas las ciencias, aun en aquellas que no se han descubierto todavía. El socialismo juega con la ciencia, como Dios, en el Talmud, se divierte, de sobremesa, con Leviatán y resume en estas palabras toda la historia del mundo: Lucha de Moloch (Estado actual) y de Mammón (capital) contra el trabajo. En cuatro palabras trata la economía política, pues dice que es la explotación del trabajo por el capital; y en cuatro palabras también desarrolla su filosofía y su moral, á saber: El hombre será Dios, tan pronto como quede suprimido el modo de producción capitalista. Una sola frase resuelve todos los enigmas de las ciencias naturales: La antigua edad de oro será un hecho, y la tierra se convertirá en un paraíso, tan pronto como se adopten, por modo general, el darwinismo y la concepción materialista marxista del mundo. En resumen: no puede exigirse más habilidad de prestidigitación, ni siquiera en un sofista.

Sin embargo, las palabras responden aquí á la realidad de las cosas. El socialismo puede consignar toda su sabiduría en una uña, porque no sueña más que en la lucha contra la organización actual del Estado, contra el orden social y contra el capital. Este es el programa de que se prevale, y que considera como un título de gloria. «Frente á los demás partidos—escribe el órgano de Vollmar—la democracia social se parece al que está en la cumbre de una montaña con relación al que se encuentra allá abajo, en un estrecho valle. Desde el punto culminante de su ciencia filosófico-histórica y económico-social, únicamente ella ve más allá de la limitada esfera de la vida económi-

ca actual, y obra sin cesar para hacer que salga la sociedad de este lamentable valle capitalista, y convertirla en meseta libre del Estado socialista». ⁽¹⁾ Con este pretexto, ha entablado la lucha contra el capital, y, con esta intención, no se cansa de tronar contra él, procurando hacer tan odioso este nombre, que nadie pueda ya oirlo sin disgusto.

2. El capital es toda posesión que, unida al trabajo, origina una actividad productiva.—Ahora bien, en la medida en que sea permitido tomar en serio esta lucha, y mientras no sirva simplemente de pretexto para trastornar las cosas, tiene como punto de partida una doble y falsa hipótesis, á saber, un error sobre la naturaleza del capital, y una concepción equivocada de la relación del trabajo y del capital en el proceso de la producción.

En el calor de la lucha contra instituciones que se han hecho odiosas por los abusos á que han dado lugar, la sola palabra que las recuerda basta para hacer perder la calma en la discusión: tal fué, con relación á los judíos, desde Calígula, la palabra *dominación romana*, y con relación á los franceses, desde Rousseau, la palabra *tiranía*. En estas condiciones, basta ordinariamente oír la palabra para condenar la cosa que expresa, sin reflexión alguna. Aun el corto número de los que saben conservar siempre su sangre fría, y son capaces de reflexionar, no tienen el valor de inquirir si ello no contiene una verdad, en qué medida esta verdad se apoya en el derecho, y cuándo empieza á convertirse en falsa y peligrosa; todo ello por miedo al régimen general del terror.

Esto es precisamente lo que ocurre hoy día con la palabra *capital*. Sin duda que éste ha merecido en absoluto la desconfianza que despierta ahora su nombre en todas partes; pero cualquiera que sea la injusticia de que se haya hecho culpable, no es motivo para que nos neguemos á hacerle justicia.

(1) *Münchener Post*, 28 Enero 1891.

Lo que mejor prueba el encarnizamiento de que es objeto es que, bajo la influencia del temor supersticioso que les inspira Marx, ciertos autores, que no quieren pasar por socialistas, pretenden que el capitalismo es una invención de los tiempos modernos.

Ahora bien, aunque uno no tenga ojos para ver, debería vacilar antes de referirse á un hombre, cuya falta de claridad no ha contribuído poco á que los extranjeros nos traten á los alemanes como jóvenes nebulosos; á un hombre que, en la crítica, su única fuerza, no encuentra ninguna expresión demasiado oscura; á un hombre que, en el momento oportuno, alejaba de sí con desprecio á los que le habían seguido con fe ciega.

Por otra parte, Marx no dice todo aquello que se le imputa. Conténtase con acusar de estupidez, como él mismo se expresa en su gentileza judía, á Mommsem y á otros sabios, porque, por una parte, pretenden que, en la antigüedad, adquirió el capital una extensión considerable, en tanto que, por otra, prueban la existencia del trabajo libre y del crédito durante este período. ⁽¹⁾

Hay aquí una especie de contradicción. Si no existiera el crédito, la economía del capital no podría desarrollarse. En aquella época, la falta de libertad no era, como lo es hoy, un obstáculo para ella, sino que, antes bien, era un medio para llevar dicha economía á la exageración más excesiva. Sin crédito, no hay economía de capital posible, ya que puede existir sin dinero, pero no sin crédito.

La opinión admitida de que la economía política se ha desarrollado en cuatro períodos diferentes y sucesivos, períodos que se designan con los nombres de economía de productos, economía de dinero, economía de capital y economía de crédito, y que esta última es la más moderna, está en absoluta contradicción con la historia. Precisamente la economía de crédito es la más antigua porque es la forma más natural de las relaciones económicas. Sin crédito, ninguna relación comercial es posible, sobre todo en la

(1) Marx, *Das Kapital*, (4), I, 130.

llamada economía natural ó de los productos. ⁽¹⁾ Representémonos dos hombres de diferentes países, de los cuales el uno disponga de un arado y tenga necesidad de una marmita, en tanto que el otro posea una marmita y necesite un arado. Claro está que no marcharán con sus objetos de cambio al hombro, hasta que se encuentren por casualidad en el bosque y descarguen en él sus fardos. La economía natural, supone, pues, la economía del crédito. Sólo por la disminución del crédito, ha sido necesaria la economía del dinero.

Pero la economía del capital no depende de ninguna de estas dos formas económicas, sino sólo del crédito, porque, sin éste, no puede imaginarse relación alguna económica. Esto á parte, puede resultar y desarrollarse de toda especie de economía, más difícilmente de la del dinero, con más facilidad de la del crédito, y aun de la simple economía natural. La idea de que sólo el dinero, real ó imaginario, puede ser capital, no merece los honores de la refutación. Si los inmuebles no son capital, ¿qué serán, pues? Desde el punto de vista jurídico y moral, no existe diferencia alguna entre capital mueble y capital inmueble—decimos capital, no posesión.—Económicamente hablando, tampoco puede encontrarse entre ellos una diferencia esencial. La propiedad territorial, en unión con el trabajo, es la forma primitiva de todo capital. Todas las formas de capital mueble se refieren á éste, y deben hacer de modo que á él se refieran, so pena de que no sean más que una apariencia de capital.

Así, pues, desde el punto de vista económico, puede uno distinguir siempre entre capital y capitales, comprendiendo en el primero el capital mueble y el inmueble, toda especie de capital en general, y en el segundo las diferentes especies particulares del capital mueble. Pero hay que ad-

(1) El difunto profesor Neurath observa, en una carta de 21 de Febrero de 1898, que hay en esto una confusión del crédito y de la introducción de medios de producción extraños para empresas. Pues bien, no. El crédito de que gozo, determina á mi librero á enviarme los libros que le pido, pero no es la entrega misma de ellos.

mitir que toda posesión, cualquiera que sea su forma, toma el carácter de capital desde que entra en relaciones con el trabajo con el fin de hacerla productiva. Desde el punto de vista jurídico y moral de estas relaciones, no hay diferencia alguna; por esto no emplearemos habitualmente aquí el término puramente económico de capitales, sino que trataremos únicamente del capital sin ninguna otra distinción.

3. El trabajo y el capital en sus relaciones económicas, desde el punto de vista de la producción, y en sus reivindicaciones jurídicas, desde el punto de vista del resultado.—No podemos, pues, conceder á este punto toda la importancia que creen otros poder darle. Pero mucho más importante es la cuestión relativa á la relación entre el capital y el trabajo en el proceso de la producción.

Aquí, el liberalismo económico, que alcanzó su punto culminante gracias á Ricardo, ha emitido el principio pernicioso de que la renta de la propiedad y el salario del trabajo tienen siempre intereses opuestos: cuanto más grande es el interés del capital, más reducido debe ser el producto del trabajo, y recíprocamente.

Esto equivale á transportar al campo económico la funesta concepción kantista del derecho. Según esta concepción, que es la de los antiguos, el derecho es considerado como algo no limitado en sí mismo, como algo que únicamente puede ser restringido y aminorado por otros derechos opuestos. Todos los derechos particulares serían, por consiguiente, rivales y enemigos, con lo que tendríamos en el campo del derecho la misma lucha de todos contra todos, tal como existía en el estado de naturaleza, al decir de Hobbes, Rousseau y Darwin, y con lo que sería imposible la solidaridad de todos los intereses y derechos.

Aunque todo el mundo vea á la primera ojeada, que, en esta afirmación irritante, que equivale á la ruina inevitable de toda unidad social, no se trata de la explicación económica del origen de los frutos por la producción, ni, por consiguiente, del origen de las rentas del capital, ni del sa-

lario del trabajo, sino de reivindicaciones jurídicas en la distribución de los resultados producidos en común, el socialismo se ha apoderado de este principio, y lo ha explotado de tal suerte, que, no sólo ha emocionado los corazones, sino que ha perturbado por completo las inteligencias.

Lo que, desde el punto de vista jurídico, debe ser considerado como un simple error fraudulento en la balanza entre las dos partes interesadas, se ha convertido ahora en peligro de revolución para toda la sociedad, desde que el principio ha pasado como una ley al campo económico. «Si esta ley de bronce del salario—dice Lassalle, el hábil inventor de frases de efecto,—es consecuencia necesaria del modo de producción capitalista, y ningún hombre razonable podrá ponerlo en duda,—tiene buen cuidado de añadir el astuto judío, á fin de que nadie se atreva á protestar contra ello,—evidente es que el trabajo no puede luchar contra el capital. Pero como todo el mundo debe comprender que semejante relación entre el capital y el trabajo no es admisible, puédesse conjeturar que todo este sistema capitalista, de donde—agrega con calculada astucia—surgen necesariamente semejantes horrores, debe ser abolido».

Habría que desesperar de la inteligencia humana, si creyese uno que Lassalle, ó cualquier jefe del socialismo, no comprenden la falsedad de esta hipótesis, y, por consiguiente, de la conclusión. ¿Por qué los socialistas de salón, como los socialistas del periódico, de la pluma, de la palabra, ó los socialistas comisionistas, se han aferrado á esto de un modo tan tenaz, y se aferran todavía? Lo confiesan ahora cuando el medio ha producido su efecto: se han servido de medidas revolucionarias, porque, frente á las masas, era preciso algo tangible y visible.

«No convenían demostraciones sabias»,—dice Liebknecht. ⁽¹⁾—Por otra parte, ¿cómo un partido tendría pretensiones científicas,—en lo relativo á la honestidad, preferimos callarnos—cuando únicamente para excitar las pa-

(1) *Protokoll des Parteitagés zu Halle*, 1890, 167.

siones, saca de quicio la discusión, y embrolla caprichosamente la cuestión, como se ha hecho aquí? Desde el punto de vista científico, el asunto no es de difícil solución, por lo menos para aquel que cree en la distinción entre el alma y el cuerpo, así como en su acción común.

Desde el punto de vista económico, es igualmente claro. Como ya lo hemos visto, está resuelto desde las primeras páginas de la Sagrada Escritura, ⁽¹⁾ del mismo modo que lo está por la razón y por la experiencia cotidiana, que no varían desde hace millares de años. Dios ha creado la tierra, la ha dotado de ricos bienes y de fuerzas abundantes, para entregársela al hombre. Después creó á éste, dotóle de la virtud del trabajo y confióle este dominio. Sin la naturaleza, ningún trabajo proporcionaría nada al hombre. Sin trabajo, poca cosa le ofrecería la naturaleza; pero cuando ambos obran de concierto, hay lo suficiente para vivir. Así es como todo producto económico depende de la explotación de las fuerzas naturales por el trabajo, de la unión del capital y del trabajo.

Económicamente hablando, el trabajo y el capital tienen, pues, el mismo interés. Cuantos más éxitos obtenga el trabajo, más gana el capital. Si falta éste, se resiente de ello el trabajo.

Si esto es así, la cuestión legal es fácil de resolver. El beneficio completo no pertenece ni al capital solo, ni al trabajo solo, sino que los dos deben partir el resultado común de la producción común, en la medida de la actividad económica que cada uno haya desplegado.

El aspecto jurídico del reparto debe, pues, reglamentarse según el aspecto económico de la producción.

Que el derecho puéde cambiarse con actos de violencia, es desgraciadamente demasiado cierto; pero ¿es qué la injusticia que se cometa en el reparto de los frutos cambia su producción? Probablemente mucho antes de Ricardo, la avaricia ó la bellaquería habían ya descubierto que tantos más beneficios obtendría el capitalista cuanto que más

(1) V. más arriba conf. XIV, 2; XV, 3, 9, 10.

retuviese del salario debido al obrero. Pero si antiguamente alguien hubiera querido deducir la aplicación utilitaria de que, en el trabajo y el capital, la producción ofrecía intereses y relaciones opuestas, se le hubiera respondido, ó que no sabía lo que decía, ó que evidentemente tenía interés en complicar una cosa tan sencilla.

4. Ni el trabajo solo, ni el capital solo son causa de la producción del valor; lo son ambos unidos.—Ahora bien, cuando las suposiciones están, deliberadamente ó por error, en contradicción con toda la naturaleza, las consecuencias han de estar forzosamente en oposición con la verdad. Ciertamente, no acusamos de torcer la cuestión á todos aquellos que, en esta materia, hacen más ó menos causa común con el socialismo. Lejos de nosotros semejante intención. Muchos proceden de buena fe, creyendo que esta es la única manera de dar al trabajo, con frecuencia perjudicado por el sistema actual del capitalismo, todo el derecho que le es debido. Pero el error es siempre error, y la injusticia no se cambia jamás en justicia, aunque se cometa en favor de los oprimidos. Por eso Dios ha prohibido expresamente, no sólo dañar al pobre en provecho del rico, sino perjudicar al rico por conmiseración para con el pobre. ⁽¹⁾ Por lo contrario, muy difícil es absolver aquí á los socialistas del reproche de falta de sinceridad, porque poseen sin duda alguna suficiente habilidad de pensamiento para comprender las maniobras vejatorias de que se hacen culpables, al intentar probar que sólo al trabajo es debido el resultado total de la producción.

Pero nadie mejor que los socialistas pueden demostrar-nos que el trabajo sin capital no produce valor alguno, por lo que no puede reivindicar para sí sólo todo el resultado de la producción. Y esto precisamente cuando quieren probar que el capital, no teniendo parte alguna en la producción de los valores, no debe entrar en el reparto del mismo.

Así es como la *Münchener Post* quiere demostrar—pa-

(1) Lev. XIX, 15.

ra servirnos de la *profunda sabiduría* socialista que emplea este periódico—que la propiedad es una categoría jurídica, y no económica. «El trabajo—dice—sólo es la única fuente de la riqueza, cuando se trata del hombre ó de la sociedad humana. Si se tratase únicamente de la producción natural, ocurriría lo contrario. Pero el hombre puede modificar las diferentes situaciones del mundo. Para que el trabajo beneficie el producto completo, es necesario abolir la propiedad y sus medios de producción, y particularmente la propiedad territorial». ⁽¹⁾ Sería, pues, necesario empezar con un acto de violencia. Pero ¿cuál sería el resultado? Cualquier niño sabe que la producción total pertenece al que posee los medios de producción y trabaja, al que es capitalista y obrero. ¿Qué ocurrirá si se separa á los dos? Cualquier niño os dirá también que una parte pertenece al obrero, y otra al propietario de los medios de producción. Muy bien, hijo mío. Pero ¿y si este propietario es el mismo Estado socialista? En este caso, tendrá derecho á la porción debida al capitalista. ¿No será, pues, el obrero socialista el que reciba esta parte? No, esto no puede ser, porque también el Estado socialista debe poder hacer frente á sus gastos, y, por consiguiente, recibir su parte del producto. Y aunque careciese de necesidades, no podría darse esta parte al obrero, porque sólo tiene derecho á lo que ha ganado. Así razona la inteligencia de un niño.

De aquí que sea falso el razonamiento de Marx, cuando, en su crítica del Congreso demócrata socialista, proclama que este primer principio, á saber, que el trabajo es la fuente de toda riqueza, se encuentra en todos los abecedarios. ⁽²⁾ Si él entiende por éstos los del socialismo, lo admitimos; pero los de la inteligencia sana lo ignoran. Ésta acepta únicamente lo que Marx dijo con maravillosa claridad en el mismo sitio, esto es, que el trabajo no es la fuente—evidentemente quiso decir la única fuente—de toda riqueza; la

(1) *Münchener Post*, 8 de Febrero de 1891.

(2) *Neue Zeit*, IX, 563. Blum, *Lügen der Sozialdemokratie*, 49.